

Revista Cambios y Permanencias
Grupo de Investigación Historia, Archivística y Redes de Investigación
Vol.12, Núm. 1, pp. 65-71 - ISSN 2027-5528

La ilustración sin edulcorantes

The unsweetened illustration

Daniel Rabanal D'Amato
Argentina
orcid.org/0000-0003-4746-1966



Universidad Industrial de Santander / cambiosypermanencias@uis.edu.co

La ilustración sin edulcorantes

Daniel Rabanal D´Amato
Argentina

Arquitectura (incompleta), ilustrador, historietista.

Correo electrónico: rabanaldaniel@gmail.com

ORCID-ID: <https://orcid.org/0000-0003-4746-1966>

Resumen

Historietista, autor e ilustrador de numerosos libros – entre otros, María Elena Walsh, María Teresa Andruetto, Yolanda Reyes e Irene Vasco, Daniel Rabanal propone una breve reflexión sobre las condiciones de la creación artística, sin distinción de público. Debe ser la necesidad interior que guía la mano del artista. Recordando sus inicios como dibujante en las cárceles de la dictadura argentina, insiste en la importancia de la memoria histórica y la justicia en su trabajo, si bien rechaza toda finalidad moralizante o educativa. En su lugar evoca la fuerza liberadora y cierto efecto reparador en el dibujo.

Palabras clave: ilustración, creación, memoria, justicia, condiciones de creación, violencia.

The unsweetened illustration

Abstract

Comic artist, author and illustrator of numerous books -among others, María Elena Walsh, María Teresa Andruetto, Yolanda Reyes and Irene Vasco- Daniel Rabanal proposes a brief reflection on the conditions of artistic creation, without distinction of public. It must be the

inner need that guides the artist's hand. Recalling his beginnings as a cartoonist in the prisons of the Argentine dictatorship, he insists on the importance of historical memory and justice, even though he rejects any moralizing or educational purpose. Instead, he evokes the liberating force and a certain restorative effect in drawing.

Keywords: illustration, creation, memory, justice, conditions of creation, violence.

La literatura y el arte en general expresan siempre y, necesariamente, el tiempo en el que viven sus autores y esto, pienso yo, es independiente de la voluntad de los mismos. Por otra parte, cuando la obra literaria o artística se propone de manera expresa un fin moralizante, pedagógico o ejemplificador, en general se aleja de su verdadera esencia.

Esto ha sido particularmente evidente en el campo de la así llamada Literatura infantil y juvenil (LIJ) y su correspondiente ilustración.

La verdadera LIJ siempre ha de estar conectada, de una u otra manera, a las cuestiones que agitan a la sociedad contemporánea. Los autores, aunque pretendan lo contrario, no pueden evitar la presencia de su tiempo en la obra.

Estamos en una época en la que prevalecen en el campo del arte las modalidades que llamo de “producción”, se “produce” literatura, pintura, cine, ilustración, etc., con finalidades específicas que en general están destinadas a un cierto tipo de consumo. Incluso cuando se trate de autores que no comparten este tipo de pensamiento no siempre es posible sustraerse a esta imposición del tiempo que vivimos. Cuestiones aparentemente inocentes como pensar en el tipo de lector (su edad, por ejemplo) al que va dirigida la obra; el mensaje que quiere dejarse, por lo general políticamente correcto, no son sino una manera de insertarse aún inconscientemente en esa modalidad de producción. Así, el libro, la pintura, la película, devienen productos, no obras de arte.

Todo esto, por supuesto, es válido para la LIJ y para la ilustración, y también para el particular tema de este dossier.

Un verdadero autor escribe porque siente la necesidad de hacerlo, la necesidad de expresar algo a través de su trabajo. El tema, el tratamiento, las formas, no deberían prefigurarse desde otro lugar que no fuera su subjetividad.

Sin lugar a dudas, y sobre todo en el ámbito de la LIJ, existen los trabajos por encargo y todavía más en el caso de la ilustración, pero aún en estas circunstancias deberían predominar los intereses subjetivos de los autores por encima de los requerimientos externos.

Los temas de la violencia, la memoria, la justicia, tan presentes en nuestro tiempo y nuestros países, se imponen de manera necesaria en no pocos trabajos de la LIJ, como no podía ser de otro modo. Pero si queremos llamar “literatura” a una obra deberíamos dejar de lado los propósitos educativos o moralizantes. Para ello existen otras formas de comunicación

como el ensayo –aún para niños– o los ámbitos de discusión tanto en el hogar como en escuelas o colegios.

Quiero cerrar con una referencia a mi experiencia personal en el tema como ilustrador.

Dibujé desde que tengo memoria, pero mi definitiva vocación se consolidó durante el largo tiempo que pasé en la cárcel como preso político de la última dictadura de Argentina. Allí, de manera clandestina, comencé a hacer historietas sobre nuestra situación en clave de humor negro.

En aquél marco de represión, injusticia y violencia, descubrí la potencia liberadora del dibujo y la narración. Sin ningún otro propósito más que el de contar algo sobre nosotros mismos desde mi personal punto de vista que en este caso era el de una mirada con humor despiadado, encontré que la historieta aportaba un cierto efecto reparador en esa situación tan difícil.

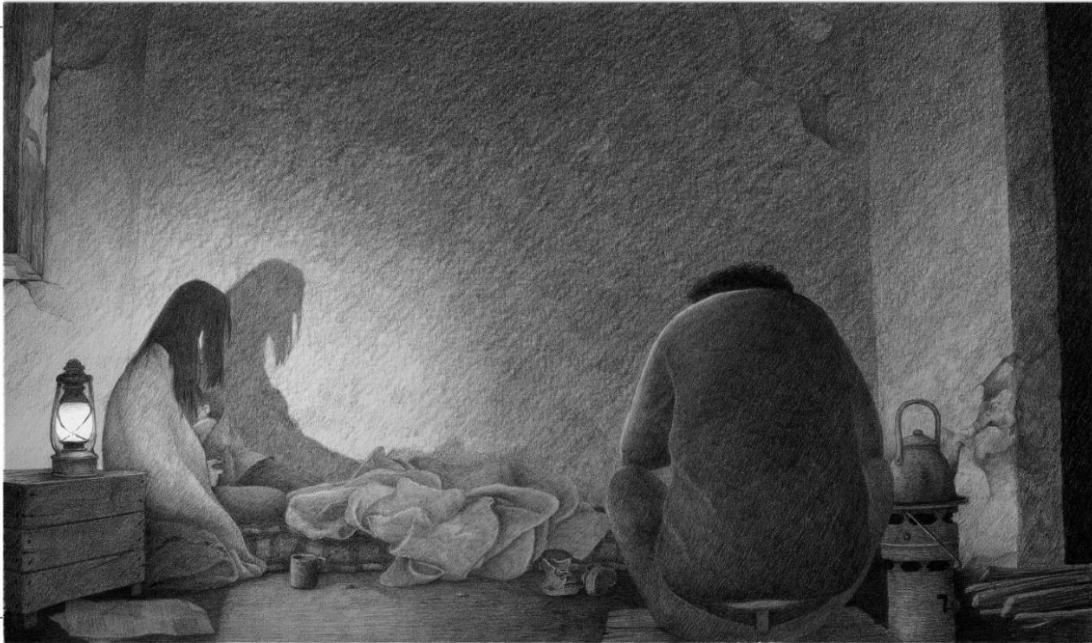
Ya en libertad y dedicado en un principio a la ilustración infantil tuve la oportunidad de ilustrar algunos libros que trataban el tema de la violencia en Colombia. En estos trabajos puse especial cuidado en evitar el condicionamiento que suponía el saber que estaban dirigidos a niños. Si en algún lector pensé fue en mí mismo, en todo caso en el lector que yo era cuando niño, una época en la que no había demasiadas concesiones en atención a la edad de los lectores. En todo mi recorrido en el ámbito de la ilustración infantil me mantuve alejado de las estéticas edulcoradas e infantilizadas, con mucha más razón cuando los temas tenían que ver con la memoria y la reparación de las víctimas de la violencia, cuestiones que siempre han sido de la mayor importancia para mí.

Sin embargo, el compromiso más fuerte con el tema se me presentó entrando ya en la vejez y no en el terreno de la ilustración infantil, cuando tuve la oportunidad de abordar la terrible historia de las desapariciones en mi país. Nunca antes se me había dado la ocasión y tampoco había sentido la necesidad de hacerlo hasta que la conjunción de un formidable e intenso texto de María Teresa Andruetto, *Los ahogados*; una agudísima editora, María Osorio y alguien que había vivido en carne propia aquellas circunstancias, dio lugar a ese trabajo.

Ilustrar *Los ahogados* fue una experiencia excepcional en todo sentido. Con libertad absoluta, incluso para separarme del texto y aportar mi propia narración gracias al brillante diseño editorial, el trabajo fue como una explosión que apenas me permitía parar para tomar

aliento. Soy un dibujante lento, me demoro mucho pensando y bocetando cada página, pero con este libro todo fue distinto. Apenas planteada una primera ilustración supe cómo iba a ser todo el libro y ya no pude parar. Evidentemente era algo que estaba contenido como a presión en mi interior y que cuando salió fue como la erupción de un volcán. En un punto dejé de sentir que estaba haciendo ilustraciones, sentía que estaba pintando, sin color, solo con grafito.

Quisiera que así fueran todos los trabajos.





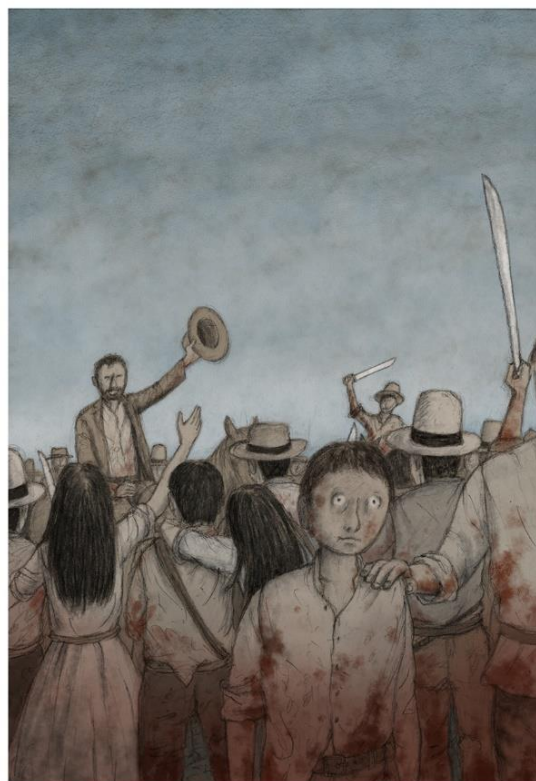
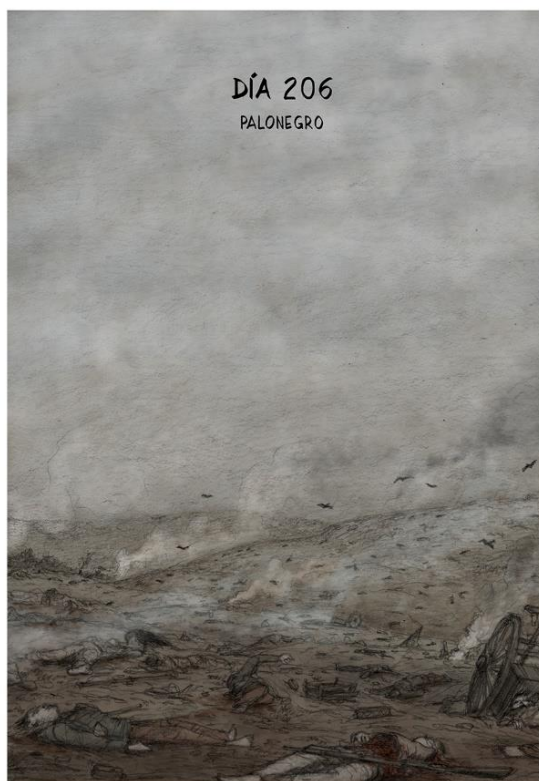
Ilustraciones para *Los ahogados*, de Andruetto, M. T. (2018) Bogotá, Colombia: Babel Libros.

Desde entonces me he dedicado casi con exclusividad a desarrollar proyectos personales. Actualmente estoy trabajando en una suerte de novela gráfica documental sobre la Guerra de los mil días –otra vez la violencia– en Colombia, que tuvo su epicentro justamente en el departamento de Santander.

Me interesé por el tema a partir de dos novelas que lo tocaban tangencialmente y de allí comencé a leer e investigar sobre esa guerra y entonces me surgió el interés de contarla de un modo que no había encontrado en mis lecturas. Una guerra terrible y casi olvidada, una guerra de la que prácticamente no existe documentación gráfica, que duró más de tres años y dejó al país sumido en la miseria, una guerra que propició la pérdida de Panamá, una guerra torpe e inútil que dejó decenas de miles de muertos y sembró de paso las semillas de una violencia que aún no ha podido ser superada.

No tengo duda de que este proyecto, si es logrado con el nivel al que aspiro, habrá de significar algún aporte al espacio de la memoria en Colombia, pero no es ese el motivo que me empuja al trabajo. El deseo más fuerte y evidente es el de contar una historia, en este caso

con el mayor rigor documental, y hacerlo en modo de narración gráfica. Seguramente estuvo presente la necesidad de poner imágenes a tantas lecturas donde la ausencia de ellas es absoluta, la idea de darle algo de vida a tantos relatos fríos o acartonados. Finalmente, por supuesto, denunciar una vez más la espantosa inutilidad de la guerra.



Páginas de *1128 días*, novela gráfica en desarrollo.